



Para Que Todos Sean Uno

Una carta pastoral sobre la Eucaristía como sacramento de unidad
Monseñor Robert G. Casey
Arzobispo de Cincinnati

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

1. “Para que todos sean uno” (Jn 17, 21). Mientras Jesús se preparaba para su propia muerte, ofreció su oración sacerdotal al Padre con estas palabras, anhelando una mayor unidad entre todos los hijos de Dios. Nuestro Santo Padre, el Papa León XIV, ha llamado hoy a la Iglesia a una mayor unidad como Cuerpo de Cristo. Desde los primeros días de la Iglesia, desde Jesucristo mismo, repetido por San Pablo y los Padres de la Iglesia, y afirmado por las enseñanzas del Concilio

Vaticano II, hemos creído que la Eucaristía es el sacramento de unidad.¹ En la liturgia eucarística (la Misa), damos testimonio de nuestra unidad como hermanos y hermanas en Cristo y, a la vez, crecemos en ella. En palabras de la Plegaria Eucarística III, que a menudo rezamos juntos en la Misa, estamos llamados a formar verdaderamente “en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu”.

2. Como obispo, una de mis funciones más importantes es ser un punto de unidad en nuestra Iglesia local, siempre en comunión con mis hermanos obispos —los sucesores de los Apóstoles— y con nuestro Santo Padre, como nuestra cabeza visible.² Así pues, como Arzobispo de Cincinnati, mi tarea consiste en lograr una mayor unidad en nuestra arquidiócesis, exhortándonos a todos a una mayor fidelidad a Jesucristo y a nuestra vida como cristianos católicos. Esta carta es un intento de ofrecer mis reflexiones y esperanzas para la vida litúrgica de nuestra arquidiócesis, para que todos puedan experimentar una mayor comunión con Dios y unos con otros, a través de la gracia de Cristo resucitado, verdaderamente presente cuando nos reunimos para la Eucaristía.
3. La unidad en nuestras celebraciones litúrgicas, mediante la fidelidad a la ley y las normas litúrgicas de la Iglesia, es una forma en que participamos de nuestra vida en común. El antiguo refrán de la Iglesia, *lex orandi, lex credendi*,



nos recuerda que, como creemos, así debemos orar. Sin caer en la tentación de una mera *uniformidad* donde existen opciones legítimas, la *unidad* se logra mediante nuestro fiel *ars celebrandi* (el arte de celebrar) en las celebraciones litúrgicas. El uso de textos litúrgicos aprobados y la fidelidad a las rúbricas que nos ha dado la Iglesia son esenciales para mantener la auténtica unidad en el Cuerpo de Cristo reunido para el culto, al tiempo que se honran las diversas culturas, razas y lenguas que conforman nuestra Iglesia.

4. La “comunión” implica que nos reunimos para hacer algo en común, no solo que somos individuos reunidos para hacer lo mismo al mismo tiempo. En medio de nuestro mundo moderno, los cristianos están continuamente llamados a unirse, a valorar la comunidad, a ser uno; el misterio de la Encarnación exige más que una simple “presencia” virtual en una pantalla. Reunida en el altar, la celebración eucarística es la principal forma en que la Iglesia se congrega para ser enviada a manifestar el amor de Dios al mundo.
5. La celebración de la Eucaristía, especialmente los domingos, es “fuente y culmen de toda la vida cristiana”.³ Por lo tanto, me hago eco de las voces de los obispos a lo largo de los siglos, que piden que la Eucaristía sea la prioridad de cada comunidad parroquial y, por consiguiente, digna de nuestra continua reflexión, esfuerzo y participación.

Preguntas de reflexión

1. ¿De qué maneras experimento la Misa dominical como la “fuente y culmen” de mi vida? ¿De la vida de mi parroquia?
2. ¿Qué oportunidades existen para una mayor sanación de la división en nuestra Iglesia? ¿En nuestro mundo? ¿Qué papel puedo desempeñar?

1 1 Corintios 10, 15-17; *Sacrosanctum Concilium*, 26; Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), 1396.

2 *Lumen Gentium*, 23.

3 Catecismo de la Iglesia Católica, 1324.

I. La Comunión y la Salvación

Dios creó a la humanidad para la comunión y, a lo largo de la historia de la salvación, ha trabajado para restaurar esa unidad que se experimentó por primera vez en los albores de la creación. Mediante el Bautismo y otros sacramentos, especialmente la Eucaristía, los creyentes son atraídos a una comunión más profunda con Dios y unos con otros.

6. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de la “comunión”? La comunión es un estado dinámico de *unidad o de ser uno*, en nuestro caso entre Dios y la humanidad. Cuando hablamos de la humanidad, no nos referimos simplemente a todas las personas como un grupo, sino a cada individuo creado de forma única a imagen de Dios. Por lo tanto, todos nosotros, tanto colectivamente como individualmente, estamos invitados a una relación dinámica con Dios. Experimentamos la plenitud de la comunión cuando todos somos incluidos en esa relación. La verdadera comunión se experimenta cuando todos se hacen uno al participar del Cuerpo y la Sangre de Cristo, ofrecidos para nuestra salvación. “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’ y aborrece a su hermano, es un mentiroso” (1 Jn 4, 20).
7. La historia de nuestra salvación se fundamenta en el hecho de que hemos sido creados y redimidos con el propósito de vivir en comunión con Dios. Desde el principio, “a imagen suya lo creó; hombre y mujer los creó” (Gn 1, 27). La historia de Adán y Eva revela a un Creador que no solo nos formó del polvo de la tierra, sino que también nos infundió vida divina. Y desde la primera caída de la humanidad, Dios ha buscado redimirnos y restaurar nuestra comunión original. A lo largo de la historia de la salvación, vemos la mano de Dios extendiéndose hacia nosotros, buscando liberarnos de las trampas del pecado y de la muerte. Con la Encarnación, vemos el acto de comunión más profundo de Dios: Dios haciéndose hombre, para que, a través del Misterio Pascual (la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús), la humanidad pudiera participar de una comunión eterna con nuestro



Creador. Ahora, en nuestra época, Dios sigue buscándonos y, mediante el don de la fe y la obra de los sacramentos, nos atrae a esa comunión eterna que Cristo, nuestro Salvador, ganó para nosotros.

8. El amor es el centro de la comunión. En primer lugar, el amor de Dios por nosotros, personificado en el don del Hijo por parte del Padre (Jn 3, 16) y en el don de su vida por parte del Hijo (Jn 15, 13). En segundo lugar, nuestro amor por Dios y por el prójimo. Desde nuestro Bautismo, cuando morimos al pecado y resucitamos a una nueva vida, nos comprometemos a vivir el Gran Mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma, y a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nos esforzamos cada día por crecer en comunión con Dios y con los demás, viviendo en Cristo y amando como Cristo ama. A través de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, profundizamos nuestro amor a Dios y al prójimo a medida que crecemos en las virtudes de la fe, la esperanza y el amor, y expresamos esas virtudes mediante actos de caridad. Gradualmente, descubrimos que la comunión con Dios ES comunión con el prójimo. Vivir en comunión con nuestro prójimo puede ser un desafío; la caridad y el amor a veces parecen tener dificultades para prevalecer, ya sea en nuestra familia, en el trabajo, en la escuela, en un equipo deportivo o en una asociación. Nuestra comunión con Cristo puede ayudarnos en nuestra comunión con los demás, a medida que aprendemos a reflejar su amor abnegado en nuestra vida diaria y seguimos su ejemplo de encarnar (hacer parte de nuestra carne y hueso) el amor incondicional de Dios por todos.

9. Por lo tanto, el amor se convierte en nuestro mandato. La misión que se le da a todo cristiano en el Bautismo es llevar la fe y el amor al mundo: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones” (Mt 28, 19). Purificados en las aguas del Bautismo, revestidos de Cristo, caminando en la luz de Cristo y ungidos para la misión, salimos al mundo para compartir con los demás el don que hemos recibido. Esto no es simplemente la labor de unos cuantos misioneros; toda persona bautizada está llamada al discipulado misionero. Ya sea en casa o fuera, en nuestra familia, parroquia o vecindario, asumimos la misión y el ministerio de Cristo, que viene a salvar y no a condenar (Jn 3, 17). El mandamiento del amor y la misión de manifestar la presencia salvadora de Dios constituyen el fundamento de nuestra conciencia. Al vivir los mandamientos con espíritu de amor, crecemos en comunión con Dios y unos con otros.

“Gradualmente, descubrimos que la comunión con Dios ES comunión con el prójimo”.

10. Sabemos que verdaderamente estamos en comunión cuando obedecemos los mandamientos de Dios (1 Jn 5, 3). San Pablo nos ofrece un buen consejo sobre cómo podemos crecer en obediencia a esos mandamientos: “Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Fil 2, 5). Si logramos desarrollar la actitud de Jesús, lavando los pies de sus discípulos y buscando servir y no ser servidos, la Regla de Oro se convierte en algo menos pesado y más valioso. Ese don del amor, necesario para la comunión con Dios y con el prójimo, cuando se da libremente, regresa a nosotros con gracia en abundancia.

Jesús deja claro que el don del amor no está reservado a aquellos con quienes tenemos afinidad (por ejemplo, familiares, amigos, paisanos y quienes piensan como nosotros, actúan como nosotros y están de acuerdo con nosotros), sino también al forastero que vive entre nosotros, a nuestros enemigos y a cualquiera que esté necesitado (1 Cor 12, 12-13).

11. La Iglesia —el Cuerpo de Cristo— es la comunidad en la que vivimos nuestra comunión con Cristo y entre nosotros, con Cristo como Cabeza. Esta unidad no es de naturaleza pasiva, es decir, no se mide por un sentimiento de compañerismo ni por la falta de división, sino por una preocupación activa por el bienestar espiritual y físico de todos los miembros de nuestra familia humana. San Pablo nunca se limita a decirles a los cristianos: “No peleen; no vivan en desunión”, sino que los anima diciendo “esfuércense en mantenerse unidos en el Espíritu con el vínculo de la paz. Porque no hay más que un solo cuerpo y un solo Espíritu” (Ef 4, 3). En un mundo tan profundamente dividido y fracturado, reconocemos el desafío que esto representa. Por eso, ofrecemos nuestra acción de gracias en la Eucaristía a Dios que nos alimenta y nos fortalece mediante el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para que nunca nos cansemos en la búsqueda activa de un mundo donde todos seamos uno.

Preguntas de reflexión

3. ¿Me doy cuenta de que la salvación es un regalo de Dios para mí (al cual debo responder) o la veo más como algo que debo ganarme (y esperar la respuesta de Dios)?
4. ¿Cómo cumplimos la misión de llevar la salvación al mundo (cercano y lejano)?

II. Un Encuentro con Cristo Vivo

En la Misa, Cristo está activamente presente en la Palabra proclamada, en la asamblea reunida, en el sacerdote que preside y en el sacramento de su Cuerpo y Sangre. La Misa no es simplemente un medio para distribuir la Hostia y compartir el cáliz, sino un acto comunitario en el que Cristo reúne a la Iglesia en culto, une a los creyentes a su sacrificio y fomenta la unidad con Dios y el prójimo a través de un encuentro compartido con Cristo, presente en la Palabra y en el Sacramento.

12. Desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros días, los cristianos se han reunido el domingo, el día de la Resurrección, para cumplir el mandato de Cristo de celebrar la Eucaristía en conmemoración suya. La celebración del Misterio Pascual de Cristo es tan fundamental para nuestra vida de fe que los cristianos han pagado el precio del martirio por participar en ella.



Misa que celebramos es la *f fuente* y el *culmen* de nuestra vida cristiana. La comunión que compartimos es una fuente constante de gracia aquí en la tierra, especialmente en momentos de prueba o dificultad. También nos señala aquello en lo que esperamos convertirnos y nuestra plena participación en el banquete eterno del Cordero, donde se saciarán todas las hambres y donde ya no habrá pruebas ni adversidades.

13. Recuerdo con cariño la visita que hice hace algunos años con mi hermana a un lugar sagrado en Irlanda. Hace muchos años, en una época en la que la ley impedía a los católicos practicar su religión y los sacerdotes eran exiliados o asesinados por celebrar la Misa, la Iglesia perseveró. Sus miembros buscaban lugares escondidos en los valles, bosques y laderas de la Irlanda rural donde pudieran celebrar la Eucaristía, a menudo sobre una roca. Estos lugares ahora se conocen comúnmente como rocas de la Misa y suelen ser sitios de peregrinación. Nuestra visita a esa roca donde se celebra la Misa nos recordó a mi hermana y a mí que, a lo largo de su historia y en diversas partes del mundo, la Iglesia ha experimentado momentos de persecución.

14. Sin embargo, dado que la Misa es fundamental para nuestra vida en Cristo, los fieles siempre han encontrado maneras de reunirse, ya sea en espacios sagrados, en hogares o al aire libre en la naturaleza. Nuestro anhelo de la sagrada comunión revela una enseñanza católica fundamental: la

LA PRESENCIA DE CRISTO

15. Nacidos en la vida de Cristo en el Bautismo, somos continuamente nutridos por Cristo al participar de su Palabra, de su Cuerpo y de su Sangre. Si bien la Eucaristía siempre ha sido fundamental para nuestra fe, muchos de nosotros crecimos con ideas erróneas o con una comprensión incompleta de ella. Dos errores grandes son: 1) que el propósito de la Misa es simplemente proporcionar la Sagrada Comunión, y 2) que en la celebración de la Eucaristía, las personas ofrecen la Eucaristía al Padre, y luego el Padre nos alimenta con lo que hemos ofrecido (como si Cristo fuera pasivamente la Víctima y el Alimento). Para comprender verdaderamente la Misa, debemos darnos cuenta de que Cristo está *activamente* presente a lo largo de toda la liturgia, guiando a su Cuerpo Místico, la Iglesia, en cada aspecto de la celebración.

16. La presencia de Cristo en nosotros, el Pueblo de Dios, no es una presencia pasiva. Recibir a Cristo es también

recibir al Espíritu Santo, que nos llama a la acción. Al recibir y convertirnos en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia se siente impulsada por el Espíritu a no quedarse sentada esperando a que otros se acerquen. La bendición de Dios nos envía desde la Eucaristía, con Cristo como nuestra cabeza y el Espíritu como nuestro corazón, para que podamos entrar en nuestra vida diaria y revelar a Dios al mundo, para que la Luz de Cristo brille “ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos” (Mt 5, 16).

17. La presencia de Dios es siempre activa y generosa, como cuando decimos: “Esa persona estuvo realmente presente para mí; me escuchó, habló conmigo y me apoyó”. La entrega desinteresada forma parte del dar y recibir de la vida cotidiana. La atención diaria de un cónyuge hacia el otro, o de un padre hacia un hijo, es lo que construye la unidad amorosa entre ellos. Estar presentes activamente los unos para los otros es importante para fortalecer nuestra relación con los demás; lo mismo ocurre con la presencia activa de Dios en nuestras vidas.

18. En la celebración de la Misa, Cristo está verdaderamente presente entre nosotros de diversas maneras. *Sacrosanctum Concilium* (la Constitución sobre la Sagrada Liturgia) del Concilio Vaticano II en el n. 7 enseña que Cristo está presente en su Iglesia cuando ora y canta, pues “donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Cristo está presente en la Palabra, puesto que él es la Palabra Viva, que habla cuando las Sagradas Escrituras son proclamadas en la Iglesia. Cristo está presente en la persona del ministro que actúa en la persona de Cristo, trayendo orden a nuestro culto. Y Cristo está presente en las especies eucarísticas, el pan y el vino que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las múltiples maneras en que encontramos a Cristo en la Misa nos conducen a la comunión. No compiten entre sí ni son medibles. No podemos decir que Cristo esté presente en un 50% en la Palabra, en un 25% en el sacerdote o solo en un 100% en la Hostia y el cáliz. Desde la primera señal de la cruz hasta la bendición final, Cristo viene a nosotros en la celebración de la Misa, buscando despertar nuestros sentidos a su presencia y enviarnos desde el altar, transformados por ese encuentro, para que podamos revelar la presencia de Cristo en el mundo.

LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

19. Celebramos la Misa en comunidad. Así como dice el refrán en inglés “there is no ‘I’ in ‘team’” [no se encuentra

la palabra “yo” en la palabra “equipo”], tampoco se encuentra la palabra “yo” en la palabra “católico”. Nuestra fe no es individualista ni está centrada en una sola congregación ni en un grupo de amigos. No tenemos cada uno nuestro propio sacerdote para que celebre la Misa en privado para nosotros. Encontramos la esencia de nuestra identidad como católicos en una comunión que no solo nos une a Dios, sino también unos a otros. Somos miembros del Cuerpo Místico del Hijo y, así como las piedras se unen para formar un templo, debemos ser reunidos como piedras vivas con Cristo como nuestro fundamento. Está en el Pueblo de Dios *reunido*, que Cristo se manifieste a los creyentes y al mundo. Un cristiano por sí solo no constituye la Iglesia.

“La bendición de Dios nos envía desde la Eucaristía, con Cristo como nuestra cabeza y el Espíritu como nuestro corazón, para que podamos entrar en nuestra vida diaria y revelar a Dios al mundo, para que la Luz de Cristo brille ‘ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos’ (Mt 5, 16)”.

20. Sin embargo, no es simplemente el hecho de que estemos reunidos lo que transmite la presencia eclesial de Cristo; también es la interacción de los allí reunidos la que hace efectiva la presencia de Cristo. La entrega de los individuos, unos por otros y como un don al Padre, genera unidad y edifica la Iglesia. Estar presentes en la Misa, participando plena, consciente y activamente, no solo da gloria a Dios, sino que sirve de faro para la comunidad en general, como señal de bienvenida e invitación. En un mundo que promueve la autosuficiencia, la independencia y el aislamiento, reunirnos para la Eucaristía invita a otros a una experiencia de comunión transformadora, presentándoles una relación con Dios y el prójimo que revela el potencial de paz y reconciliación. Al sonar las campanas que anuncian el comienzo de la Misa, se congregan personas de diversos estados de ánimo y disposiciones. No se requieren boletos para entrar. Todos participan en el canto inicial, incluyendo los bebés que lloran y ese hombre que canta desafinado. Sin embargo, la terrible voz de la persona que está detrás de nosotros, los cantos que tal vez no sean de nuestro agrado y las imperfecciones del sacerdote y los ministros no importan. La poderosa presencia de Cristo puede transformar una reunión diversa de creyentes al utilizar lo mundano para revelar lo sagrado.

21. Una de las bellas realidades de nuestras liturgias eucarísticas es que existen diferencias de estilo de una parroquia a otra. Por ejemplo, en algunas, la música puede tener una inspiración más clásica. En otras, puede ser más contemporánea. Los límites de nuestra Arquidiócesis tienen la fortuna de abarcar una riqueza de culturas: europea, africana, afroamericana, hispana, coreana y vietnamita, entre otras, que celebran Misas en una variedad de idiomas. Como profesamos en el Credo, creemos en una Iglesia que es una, santa, católica y apostólica. Católica significa universal y crea un espacio dentro de nuestra Iglesia para una diversidad de expresiones y estilos de culto. Ya sea que viajemos por el mundo o simplemente visitemos diferentes iglesias dentro de nuestra propia arquidiócesis, podemos experimentar diversas expresiones de la belleza que es nuestra fe católica. En lugar de menospreciar a nadie ni sugerir que alguien pueda ser menos “católico” que otro, les animo a buscar el encuentro, el diálogo y la comprensión. Cuando la liturgia es fiel al Misal Romano y es acogida por toda la comunidad de fieles de esa parroquia, esa comunidad seguramente será bendecida en su culto.

22. Las diversas celebraciones de la Eucaristía encuentran unidad en una verdad común a todas las liturgias: donde dos o tres se reúnen en el nombre del Señor, allí está Cristo

en medio de ellos. Aunque un sacerdote se encuentre solo en el altar, celebra con el corazón unido al Pueblo de Dios en todo el mundo. Además del sacerdote y del diácono, se invita a los laicos a colaborar mediante su oración y su servicio en el altar para propiciar un encuentro auténtico con Cristo a través de liturgias reverentes y bien preparadas. Algunos ministerios requieren formación y habilidades especiales; todos requieren un servicio humilde. Hombres y mujeres, personas jóvenes y mayores, están invitados a servir, no para recibir sino para dar. La Iglesia no es simplemente una reunión de personas para recibir un don de Dios de manos de un sacerdote. Más bien, es la obra de Cristo en y a través de los muchos miembros de su Cuerpo. Los distintos ministerios de la Eucaristía reflejan las maneras en que todos los cristianos están llamados a actuar en el mundo: dando la bienvenida a las personas a la vida de Cristo (equipo de bienvenida y los ujieres), proclamando la Buena Nueva (lectores), elevando los corazones a Dios (músicos) y ayudando a llevar a Cristo a los demás (monaguillos, sacristanes, ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión). Los diversos ministros que participan en la Misa deben reflejar la diversidad de la comunidad en cuanto a género, raza, cultura y edad. No debería haber distinción entre ministros masculinos y femeninos dentro de ningún ministerio laico.

23. Los ministerios son actos de entrega personal en beneficio de la comunidad. Por lo tanto, es importante que todos los ministros estén debidamente formados para su tarea y cuenten con las capacidades necesarias para desempeñarla. Si bien los ministerios suelen guiar a quienes los ejercen hacia una experiencia más profunda de discipulado, no existen para ese propósito; cada ministerio existe para apoyar la participación plena, consciente y activa de los fieles en la Misa. Todos los ministros deben desempeñar su ministerio con humildad y generosidad, lo cual les ayudará a vivir de la misma manera fuera de la Misa, en su vida cotidiana.

ANTES DE QUE COMIENCE LA MISA

24. Si esperamos tener un encuentro con un Cristo acogedor, con los brazos extendidos para recibirnos, debemos crear un espacio de hospitalidad y acogida para todos los que se reúnan. He entrado en demasiadas iglesias frías y poco acogedoras, donde ni siquiera me saludaron con un “hola” o un “buenos días”. Se debe tener cuidado, desde el estacionamiento hasta las puertas de la iglesia, para que todos se sientan bienvenidos. Una vez reunidos, debemos hacer una pausa en silencio para dejar de lado las

preocupaciones del día y prepararnos para la Misa. Si bien el Espíritu Santo dirige y guía nuestras celebraciones, nos corresponde a nosotros prepararnos para ser receptivos a su obra. Debemos llegar con suficiente antelación para dedicar tiempo a la oración y al silencio antes de la Misa. Sin embargo, este silencio debe vivirse como una preparación sagrada y llena de gracia, y no como un castigo por parte de quienes quieran hacernos callar o mirarnos con desaprobación cuando nuestros hijos se resisten a calmarse.

RITOS INICIALES

25. La participación plena, activa y consciente comienza con el canto inicial. Cantar juntos revela la armonía que esperamos experimentar en Cristo. La mayoría conoce el antiguo refrán: “Quien canta, reza dos veces”. La música eleva el corazón y la mente hacia las realidades más elevadas de la vida. ¿Con qué frecuencia oímos en las Escrituras que el pueblo de Dios eleva sus voces en cánticos a Dios? Al igual que la poesía que se encuentra en los salmos, la música expresa nuestras emociones más profundas —alegría, tristeza, arrepentimiento, esperanza, gratitud— sentimientos que las palabras no pueden articular fácilmente. El canto también une corazones y mentes en una identidad común, un propósito común y una acción común. El canto no debe entenderse simplemente como “la guinda del pastel”, sino como “parte del pastel”, una levadura que nos eleva hacia Dios y expresa la realidad en la que participamos.

26. Una vez reunidos en canto, nos tomamos un momento para reconocer nuestra dependencia de Dios. Venimos a la Misa conscientes de nuestra indignidad. El acto penitencial prefigura las palabras pronunciadas antes de recibir la Comunión: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. Suplicamos la misericordia del Señor y con la absolución que nos es dada, liberados de nuestros pecados, ofrecemos nuestra alabanza a Dios en el *Gloria*. Nuestra introducción a la Misa concluye con la Oración Colecta (la oración inicial), cuando traemos nuestras necesidades individuales al silencio que sigue a “Oremos” y nos unimos en la disposición para encontrarnos con Cristo en la Palabra y el Sacramento.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

27. Cuando se proclaman las Escrituras en la Misa, no es simplemente el lector, el salmista, el diácono o el sacerdote quien nos las lee. Es la Palabra viva de Dios,

que habla a través de la voz de la persona que proclama. El propósito de las lecturas va más allá de un momento para compartir historias históricas y transmitir algo de sabiduría ancestral. Dios nos habla hoy, impartiéndonos sabiduría contemporánea pertinente a nuestra realidad actual. La Sagrada Escritura comunica verdades eternas que pueden ayudarnos a conocer y experimentar a Dios en nuestra vida cotidiana. Al proclamar la Palabra del Señor, llegamos a comprender a Dios no simplemente como un personaje de ficción que estimula nuestra imaginación, sino como un compañero en el camino de nuestra vida, que conmueve nuestros corazones con un amor divino que es eterno y verdadero.

28. Dado que es Cristo quien habla, es importante que quien proclama el mensaje comunique con claridad el significado del texto y, a la vez, lo haga cobrar vida mediante el contacto visual y el lenguaje corporal. La homilía también debe ser cautivadora. Con el deseo de abrir las Escrituras y derramar su gracia sobre la asamblea, quien da la homilía debe prepararse bien y predicar no solo con un dominio del conocimiento intelectual, sino con un corazón ardiendo por la alegría del Evangelio. En los domingos y en otros días más solemnes, las lecturas y la homilía nos conducen a la Profesión de Fe (el Credo); unidos en Cristo por medio de su Palabra, expresamos la unidad de nuestra fe cristiana a lo largo de los milenios.

LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

29. Creemos que, en la persona del obispo o sacerdote, Cristo actúa como Cabeza de su Cuerpo —la Iglesia— guiándonos a través del sacrificio de la Misa al Padre. Desde el primer saludo del celebrante al comienzo de la Misa hasta la bendición final, somos guiados hacia una comunión más profunda con Cristo y unos con otros, convirtiéndonos en un solo cuerpo, un solo Espíritu en Cristo. El sacramento del Orden Sagrado se presencia en la Eucaristía, cuando el ministro ordenado se entrega al servicio de todos los allí reunidos, aportando orden a nuestra celebración, prestando sus manos a la obra del sacrificio y su voz para unirnos en nuestra oración común. Cuando la congregación trae sus ofrendas de pan y vino, el sacerdote las recibe y las coloca sobre el altar al servicio de todos los reunidos, para que se ofrezca un sacrificio apropiado para la alabanza y la gloria del nombre de Dios y para el bien de toda la santa Iglesia de Dios.

30. La plegaria eucarística no es simplemente la oración del sacerdote. Tampoco es una receta para hacer presente a Cristo en el pan y el vino. La Plegaria Eucarística es

la oración del pueblo, a la que se le da voz a través del sacerdote que se encuentra ante el altar. No es una receta, sino un rito que incluye la participación de todos los presentes, de todos los que se reúnen con espíritu humilde y corazón contrito para que se pueda ofrecer un sacrificio aceptable y agradable al Dios al que hemos venido a dar culto. La variedad de Plegarias Eucarísticas que se encuentran en el Misal Romano (la mayoría procedentes de textos antiguos) permite al sacerdote atender adecuadamente a los fieles y orar de una manera que exprese el estado de su corazón y de su mente ese día.

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

31. La oración comienza llamándonos a la alabanza y la acción de gracias: “Levantemos el corazón. . . Demos gracias al Señor, nuestro Dios”. A continuación, se proclama con gratitud al Padre algún aspecto de la historia de la salvación, lo que nos lleva a proclamar “Santo, Santo, Santo”. La razón de nuestra gratitud continúa, culminando siempre en el recuerdo del Misterio Pascual de Cristo: su Pasión, Muerte y Resurrección. En el contexto de la Última Cena, en la que Jesús nos dio su Cuerpo y su Sangre, oramos en respuesta a su mandato: “Hagan esto en conmemoración mía”. La Plegaria Eucarística en su totalidad tiene poder, ya que nos une en el sacrificio de Cristo. No existe ningún momento mágico ni ningún truco de magia, como proponían los antiguos críticos de nuestra fe. Mediante la unidad de nuestra oración y la intencionalidad de nuestras acciones, nos unimos a Dios, transformando el pan y el vino en la plenitud del Cuerpo y la Sangre de Cristo.

32. Con asombro y reverencia ante el poder y la presencia de Cristo que encontramos a través de nuestra oración en el altar, solo podemos responder con un gran “¡Amén!”. Sí, Señor, ¡creemos que verdaderamente estás presente con nosotros! Sí, Señor, nos sentimos humildes ante tu poder para llevarnos de la cruz a la resurrección. Si bien la Última Cena condujo a los apóstoles al Calvario, nuestra experiencia de que el pan y el vino se convierten en Cuerpo y Sangre nos lleva a la victoria de Cristo sobre la cruz. Nuestra oración de la Plegaria Eucarística no se limita a recordar acontecimientos históricos —Cristo murió, Cristo resucitó— sino que proclama acontecimientos transhistóricos, verdades que van más allá de la historia y se vuelven eternas —Cristo vendrá de nuevo. Cada vez que celebramos la Eucaristía, Cristo vuelve a entrar en nuestra humanidad y, mediante la participación de su Cuerpo y su

Sangre, nos sostiene en nuestro camino hacia el cielo y en nuestra esperanza de vida con los santos.

33. Esta gran oración concluye con alabanzas a Dios: “Por Cristo, con él y en él. . . todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”, a lo que el pueblo responde “Amén”. Podría decirse que esta es la respuesta más profunda de la Misa, porque con ella el pueblo hace suyo todo lo que se ha rezado hasta ese momento. A veces pensamos en la Plegaria Eucarística como algo que reza el sacerdote y que nosotros solo escuchamos. Sin embargo, al examinar el texto, descubrimos que —salvo contadas excepciones⁴— es la oración de *todos*, en la cual el sacerdote actúa como portavoz. Las palabras “yo” y “mí” no se encuentran en la Plegaria Eucarística. “Nosotros” y “nos” sí se encuentran.

EL RITO DE LA COMUNIÓN

34. Ahora que nos encontramos claramente ante Cristo nuestro Salvador, hecho presente en la Palabra y en el Sacramento, nos sentimos verdaderamente humildes. Reconocemos que no somos más que la creación de Dios y recordamos nuestra dependencia de Él. Si deseamos unirnos a Dios mediante el Cuerpo y la Sangre de Cristo que pronto compartiremos, primero debemos orar con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó. Oramos a nuestro Padre, dando gloria a Dios y no a nosotros mismos, y prometemos que se haga la voluntad de Dios y no la nuestra. Expresamos nuestro anhelo por el pan de cada día y reconocemos que somos conscientes de que nuestra hambre es más que algo físico. Habla de nuestro deseo de liberarnos del pecado y de la tentación, y de nuestra esperanza de poder ofrecer perdón y misericordia a los demás.

35. En el Evangelio de Mateo, Jesús nos instruye a dejar nuestra ofrenda en el altar y primero ir a hacer las paces con nuestro hermano o hermana (Mt 5, 23-24). Para que nuestra recepción de la Comunión no sea en vano, después de rezar el Padrenuestro ofrecemos el signo de la paz. Con demasiada frecuencia, tendemos a pensar en este gesto como una cortesía, generalmente dirigida a familiares o amigos reunidos a nuestro alrededor. En realidad, esta acción trasciende los muros del templo y se convierte en un acto moral. Aunque solo extendamos un gesto de paz a ciertas personas, estas representan a toda la humanidad. Las palabras “La paz esté con ustedes” se dirigen a toda la humanidad: a quienes amamos fácilmente, a quienes somos indiferentes, a quienes estamos en desacuerdo o

⁴ Por ejemplo, en la Narrativa de la Institución y la Consagración, el sacerdote celebrante habla en nombre de Cristo.

incluso a quienes odiamos. El simple gesto de un apretón de manos, un saludo con la mano o un asentimiento con la cabeza sirve como un acto profético que nos llama a reconciliarnos con todos antes de atrevernos a acercarnos al sacramento de unidad. Si este rito se toma en serio y se realiza con intencionalidad, no solo nos prepara para el siguiente momento de la Misa, la recepción de la Sagrada Comunión, sino que también ayuda a transformarnos en instrumentos de la paz de Cristo.

36. Cristo se entrega a nosotros en su Cuerpo y en su Sangre. Esto no es un simple símbolo que apunte a algo fuera de nuestro alcance y más allá de nuestra realidad. Este es Cristo verdaderamente presente, ofrecido a nosotros en la plenitud de su divinidad, de su humanidad y de su vida crucificada y resucitada. Al igual que los hebreos que comieron el cordero pascual y fueron rociados con la sangre de la alianza del Sinaí, nosotros comemos el Cordero de Dios y bebemos la sangre de la nueva y eterna alianza para que podamos ser unidos a Dios. Y si bien uno puede recibir la plenitud de Cristo bajo cualquiera de las dos formas, en la Hostia o del cáliz, recibir tanto el Cuerpo como la Sangre de Cristo manifiesta la plenitud del significado de la Comunión y la obediencia al mandato de Cristo: “Tomen y coman. . . Beban todos de él” (Mt 26, 26-27).

37. Es importante destacar que Jesús entregó a la Iglesia tanto su Cuerpo como su Sangre para que los recibiera. Si bien la Iglesia enseña que uno recibe a Cristo plena e íntegramente bajo cualquiera de las dos formas, la recepción de la Preciosa Sangre pone más de manifiesto la naturaleza sacrificial de la Eucaristía, así como el sacrificio que estamos llamados a asumir en nuestra vida cotidiana. Jesús nos pregunta: “¿Podrán beber el cáliz que yo he de beber?” (Mt 20, 22). Recibir del cáliz también alude a la alianza sellada en la Sangre del Cordero, recordándonos que recibir a Cristo nos introduce más plenamente en la nueva y eterna alianza. La norma de mis dos predecesores inmediatos, que reafirmo, es que en todas las Misas, especialmente los domingos, se ofrezca a los fieles la Sagrada Comunión bajo las dos especies, a menos que exista una razón verdaderamente convincente para no hacerlo.

38. Las palabras “Éste es el Cordero de Dios” nos hacen caer de rodillas en adoración y reverencia, conscientes de que no somos dignos de un encuentro tan grandioso. Las palabras “una palabra tuya bastará para sanarme” nos impulsan entonces a levantarnos, porque la Palabra ha llegado verdaderamente a nosotros y ahora nos invita a acercarnos para recibirla. Lo que recibimos en la Sagrada Comunión

es el fruto de nuestra oración conjunta y de nuestra participación en el sacrificio que acaba de tener lugar en el altar. Por esta razón, la Iglesia enseña que, siempre que sea posible, la asamblea debe recibir hostias consagradas en la Misa que están celebrando, para evidenciar la conexión entre la Plegaria Eucarística que acaban de rezar y la recepción del Cuerpo y la Sangre de Cristo.

39. Ya en 1742, el Papa Benedicto XIV exhortó a los sacerdotes de Italia a ofrecer la Sagrada Comunión con hostias consagradas en la Misa en vez de tomarlas del tabernáculo, uniendo así la importancia del Sacrificio en la Misa con el impacto de la recepción de la Comunión.⁵ Así pues, en la Comunión no recibimos a Cristo sin entrar plenamente en su Misterio Pascual. Tomamos las palabras y las intenciones de la Plegaria Eucarística y las expresamos a través de nuestro acto de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, comprometiéndonos a vivir lo que recibimos y haciendo de nuestra oración nuestra realidad.

40. La norma por la cual recibimos la Sagrada Comunión —es decir, avanzar en procesión y ponernos de pie para recibirla— tiene sus raíces en una práctica antigua y está cargada de significado teológico. Esta procesión nos recuerda que somos una Iglesia en peregrinación hacia el reino celestial y la promesa de la vida eterna. Antes de entrar en la procesión para participar de la Sagrada Comunión, declaramos: “una palabra tuya bastará para sanarme”. Esa Palabra no solo se proclama, sino que es una Palabra viva, presente y viviente ante nosotros, que declara nuestra dignidad como hijos e hijas escogidos de Dios, redimidos mediante la victoria que Cristo obtuvo para nosotros por medio de su cruz y resurrección. Es la Palabra viva la que nos levanta para acercarnos con alegría y recibir la Sagrada Comunión. Si bien la norma promulgada por los obispos de los Estados Unidos desde hace varias décadas ha sido recibir la Sagrada Comunión de pie, la Iglesia permite que las personas se arrodillen.⁶ Nuestra postura colectiva es testimonio de nuestra fe en la resurrección de Cristo. No debería darse el caso de que un individuo elija una postura diferente únicamente por afán de demostrar piedad personal. En cualquier caso, se pide a los fieles que reciban con reverencia, inclinándose antes de recibir y respondiendo “Amén” en voz alta antes de extender la lengua o las manos. Mediante la recepción reverente de la Sagrada Comunión, somos atraídos —cuerpo, mente y alma— a una relación dinámica con Cristo, que se nos revela en el Cuerpo y la Sangre que recibimos y que encontramos en unión con nuestros hermanos y hermanas.

⁵ *Certiores Effecti*, 2-3.

⁶ Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, “Treinta preguntas sobre la instrucción *Redemptionis Sacramentum*”, 12.

41. Imagino que muchos de nosotros hemos tenido la dicha de vivir momentos en la Misa que nos conmovieron hasta las lágrimas, en los que el Señor se nos reveló claramente, verdaderamente presente en la Palabra y en el Sacramento. En estos momentos, no cabe duda de que Cristo está entre nosotros. Me ha sucedido en más de una ocasión, cuando he distribuido la Sagrada Comunión y los fieles han avanzado en procesión para recibirla. Ha habido momentos en que Jesús se reveló más claramente que nunca, no solo en la Hostia que sostuve delante de cada comulgante, y no solo en las palabras que pronuncié: “El Cuerpo de Cristo”. En esos momentos inesperados y con personas inesperadas, Cristo se reveló en el hombre, la mujer, el niño o la niña que estaba frente a mí para recibir la Hostia. En esos momentos, mis palabras se convirtieron en algo más que una simple afirmación de un hecho —“Esta hostia que tengo en la mano es el Cuerpo de Cristo”— se convirtieron en una declaración de nuestra identidad como pueblo transformado por la Eucaristía —“¡Tú eres el Cuerpo de Cristo!”.

42. En un instante, Cristo me desafía: “¿Me reconoces verdaderamente presente en las personas que te rodean?” Al igual que San Pedro, me encuentro con la pregunta de Jesús: “¿Me amas?”, y descubro que mi servicio como ministro de la Eucaristía es un llamado a aceptar el mandato de apacentar sus ovejas. La palabra “Amén”, pronunciada en ese momento, se convierte en un “sí” profundo y permanente a la invitación del Señor a la comunión, en la que nos unimos a Dios y al prójimo.

43. En estos momentos, la oración tradicionalmente atribuida a Santa Teresa de Ávila se convierte en una experiencia vivida. “Cristo no tiene cuerpo ahora, sino el tuyo. Tuyos son los ojos con los que ve con compasión a este mundo. Tuyos son los pies con los que camina para hacer el bien. Tuyas son las manos, con las que bendice todo el mundo. Cristo no tiene ahora otro cuerpo sino el tuyo”.

44. Para fortalecer la gracia de la Sagrada Comunión y la unidad que experimentamos con Cristo y la Iglesia, se entona un canto durante la procesión de la Comunión. La acción unitiva del canto da voz a nuestra alabanza y acción de gracias por el don que recibimos y nos introduce más profundamente en el corazón de Dios, donde tanto el prójimo como el forastero encuentran refugio. La recepción de la Sagrada Comunión, si bien es un acto profundamente *personal* que llega a cada alma de manera única, es fundamentalmente un acto *comunitario*, pues nos une como Cuerpo Místico de Cristo. El sacramento nos impulsa más allá de un encuentro privado entre nosotros

y Jesús, y nos desafía a entregarnos humildemente ante el Señor que ha venido para que todos tengan vida. Conscientes de que somos simplemente uno más entre muchos que han sido incorporados a una unidad más profunda, dedicamos un momento a la oración humilde con nuestros hermanos y hermanas, agradecidos por el sustento que hemos recibido, y esperamos la oración después de la Comunión. Nuestros gestos, palabras y acciones afirman y fortalecen nuestra creencia en lo que ocurre durante la celebración de la Eucaristía. Nuestros corazones se llenan de gratitud por la maravillosa gracia que se manifiesta cuando nos reunimos para la Misa.

RITO DE CONCLUSIÓN

45. Tras la oración después de la Comunión, el sacerdote dice: “El Señor esté con ustedes”. En este punto, el saludo adquiere un nuevo significado; a través de la celebración de la Eucaristía, estamos más en sintonía con nuestra comunión con el Señor. Lo que sigue en la bendición trinitaria no es una bendición genérica, sino una que se da a la luz de nuestra renovación en nuestra identidad como pueblo creado para la comunión a imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Luego, se despide a la gente, no con un simple adiós, sino con el mandato de salir a anunciar la Buena Nueva y dar gloria a Dios.

46. La despedida de la Misa en latín es “*Ite, missa est*”. Durante siglos, una traducción común de esta frase ha sido: “Vayan, la Misa ha terminado”. Sin embargo, esta traducción carece de matices. Una traducción más literal sería “Vayan, siendo enviados”. El final de la Misa es, en realidad, un comienzo. Salimos de la Eucaristía renovados en nuestro discipulado y listos para comenzar de nuevo la obra de glorificar a Dios con nuestra vida.

Preguntas de reflexión

5. ¿Qué dificultades encuentro para poder participar en la Misa con espíritu de oración y atención? ¿Qué puedo hacer para ayudar a superar estos desafíos?
6. ¿Cómo influyen en mi vida el rezo de la Plegaria Eucarística y la recepción de la Sagrada Comunión? ¿Cómo deberían influir?

III. Poniendo Nuestro Amor en Acción

La Eucaristía no es un fin en sí misma, sino un mandato para vivir el amor abnegado de Cristo en el mundo. Tras haber escuchado la Palabra de Dios y haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los creyentes son enviados a servir a los demás, a perdonar como han sido perdonados, a cuidar de los pobres y de los vulnerables, a promover la justicia y la paz, y a dar testimonio del Evangelio mediante actos concretos de caridad y sacrificio.

47. Una vez terminada la Misa y enviados a la comunidad, comienza la verdadera labor de vivir como pueblo eucarístico. Habiendo tenido el privilegio de participar en la comunión del culto y en el sacramento de salvación del Cuerpo y la Sangre de Cristo, somos llamados a compartir la gracia que hemos recibido con quienes están menos privilegiados. Salimos de la Eucaristía con los ojos abiertos, los oídos atentos y el corazón dispuesto a encontrarnos con quienes tienen hambre y sed de la gracia de la comunión y anhelan experimentar la bendición del amor salvífico de Dios.

48. Yo mismo lo experimenté recientemente. Al salir de la barbería, las campanas de la iglesia frente a mí comenzaron a sonar. Esto no fue una coincidencia. Dios me había estado buscando durante toda la semana, pero yo me resistía a responderle. Mi atención se centró en la gran cantidad de trabajo que quedaba por hacer y en la cantidad de luchas y conflictos que presenciaba en el mundo que me rodeaba. Debería haber sabido que Dios no se limitaría a hacer sonar campanas para llamar mi atención. A pocos pasos del edificio de mi oficina, un hombre se me acercó y me pidió un minuto de mi tiempo. Supuse erróneamente que quería más de un minuto; querría dinero, comida o gasolina para su carro. En cambio, me pidió que rezara por él. Él y su familia se encontraban en medio de una crisis. Al verme caminar por la calle, sintió que Dios le tendía la mano en medio de la tormenta que lo estaba consumiendo. Mis cincuenta años de experiencia con la Eucaristía



conmovieron repentinamente mi corazón. Ante mí se encontraba el Cuerpo de Cristo, débil y herido bajo el peso de la cruz. Mi respuesta fue “¡Amén! Sí, Señor, te veo y te sirvo”. El hombre y yo oramos juntos en la banqueta. La gracia de la Comunión se podía sentir en el aire que nos rodeaba. Respiré profundamente y me entregué de nuevo al Señor, pasando de la reticencia a la convicción, y aquel hombre y yo nos convertimos en respuesta a la oración de Cristo para que todos sean uno.

49. Jesús nos enseña con brillantez la importancia de asumir el discipulado misionero, un discipulado que pone el amor en acción, a través de la parábola del siervo al que se le perdonó una enorme deuda, pero que decidió no perdonar a su propio siervo por una deuda mucho menor (Mt 18, 23-35). Debemos seguir el ejemplo de nuestro Maestro, compartiendo el amor con los demás, el mismo amor con el que fuimos bendecidos en la celebración eucarística. Habiendo recibido la misericordia, sido bendecidos por la oración y nutridos por la Comunión, ¿cómo no ofrecer esos mismos dones a los demás? El Papa Benedicto XVI lo expresó claramente: “En el ‘culto’ mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma”.⁷

50. Siguiendo el sacrificio perfecto de Cristo, quien fue partido por nosotros, estamos llamados a sacrificarnos también por los demás, a ser un pueblo bendecido, partido y compartido. El amor desinteresado de Cristo allana el camino de nuestro discipulado. En el camino,

⁷ Dios Caritas Est, 14.

Dios nos da la fuerza que necesitamos mediante la gracia de la Eucaristía, que penetra profundamente en nuestras raíces y nos permite crecer en tierra buena, para que el Sembrador pueda contar con nosotros para producir fruto al cien por cien (Lc 8, 4-8). Mediante nuestro servicio desinteresado a los demás, en particular a los pobres, los vulnerables y los que más necesitan nuestro amor y cuidado, demostramos fidelidad al Dios con el que decimos estar en comunión.

“Habiendo recibido la misericordia, sido bendecidos por la oración y nutridos por la Comunión, ¿cómo no ofrecer esos mismos dones a los demás?”.

51. Dos santos de nuestro tiempo han hablado claramente del amor desinteresado hacia los demás. El Papa San Juan Pablo II afirmó: “No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13, 35; Mt 25, 31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas”.⁸ La vida y la sabiduría de Santa Teresa de Calcuta también ejemplificaron esta dinámica para nosotros. “No podemos decir que amamos a Jesús solo en la Eucaristía; naturalmente, queremos poner ese amor en práctica. No podemos separar la Eucaristía de los pobres”.⁹
52. Cada vez que nos reunimos para la Misa, debemos considerar cómo la Eucaristía nos impactará a nosotros y a nuestra comunidad. La transición desde la recepción eucarística hasta la expresión eucarística, como el Cuerpo de Cristo ofrecido para la vida del mundo, será siempre diferente. Puede tratarse de algo muy personal, como cuando intentamos construir un nuevo

puente de comunicación con un familiar con el que nos hemos distanciado, o cuando buscamos la sanación y la reconciliación tras haber sufrido una relación abusiva. Puede tener un carácter más comunitario, como cuando atendemos a las personas sin hogar y a quienes pasan hambre en nuestra comunidad, o cuando abogamos por los perdidos y olvidados entre nosotros. Incluso podría resultar profético, como cuando defendemos la dignidad de la vida y acompañamos a nuestros hermanos y hermanas de la familia humana que se ven amenazados por la búsqueda de chivos expiatorios o por la apatía de nuestra sociedad, como los no nacidos, los inmigrantes y las víctimas de la violencia injusta y de la guerra. Ya sea que la obra de caridad que practiquemos esté cerca de casa o no, ponemos el amor en acción como Simón de Cirene, quien ayudó a cargar la cruz de Jesús. Nos unimos a Cristo crucificado y nos dejamos llevar más allá de nuestros límites en amor por la salvación de todos. Al igual que Cristo, que en la cruz extendió sus brazos en un abrazo a toda la humanidad, debemos esforzarnos por extender el don del amor y la salvación de Dios a todos, en particular a quienes se les ha hecho creer que no son dignos de él. Como reconoció el Papa León XIV, “la Eucaristía nos mueve a la justicia y al compartir, con una atención preferencial hacia quienes sufren el peso de la pobreza y de la marginación”.¹⁰

53. En cada Misa, recibimos la gracia de ser renovados, de recordar nuestro propósito y de ser amados una vez más a través del sacrificio que Cristo hizo por nosotros. Esa gracia debe impulsarnos a la acción y ayudarnos a renovar, recordar y amar el mundo. Especialmente cuando nos encontramos con el miedo, el pecado y la tristeza en el mundo, debemos convertirnos en mensajeros de fe, gracia y alegría. Debemos permitir que la recepción de la Sagrada Comunión nos transforme en un pueblo de alegría enviado en misión para compartir el amor de Dios donde más se necesite.
54. La alegría alimenta nuestro discipulado. La alegría no está determinada por nuestro estado actual, ya sea que nos encontremos agobiados por el peso de la cruz o elevados en un momento de resurrección. La alegría se encuentra cuando nos unimos a Cristo. Quienes eligen seguir a Jesucristo, edificar su Iglesia y llevar a cabo su misión de caridad en el mundo, no lo hacen por un sentimiento de obligación ardua, sino a través de la experiencia del amor de Dios y de la conciencia constante de la alegría que nos

⁸ *Mane Nobiscum Domine*, 28.

⁹ <https://www.franciscanmedia.org/franciscan-spirit-blog/holy-quotes-from-mother-teresa/>

¹⁰ *Magnífica Humanitas*, 235.

pertenece en Cristo, nuestro Salvador. ¿Por qué cada año más y más personas acuden a la Eucaristía? Porque el amor y la alegría que se manifiestan a través de nuestras obras de caridad son contagiosos. “La Iglesia no crece por proselitismo”, reconoció el Papa Francisco, “sino por atracción”.¹¹ Jesús nos da este ejemplo en el Evangelio de Juan, cuando se arrodilla y lava los pies de sus discípulos como ejemplo de liderazgo de servicio, diciendo: “Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan” (Jn 13, 15).

55. Nuestro mundo se enfrenta a diario al sufrimiento, la violencia, la división y la angustia existencial; esto ha sido así desde antes de los tiempos de Jesús y sus primeros seguidores. Los desafíos particulares que enfrenta el mundo pueden ser diferentes para cada generación, pero el camino del discipulado sigue siendo el mismo. Cada generación debe responder con caridad y amor a los desafíos de la actualidad. La Eucaristía sirve como punto de partida para esa respuesta. El *mandatum*, el mandato que Jesucristo dio a sus discípulos en la Última Cena de amarnos los unos a los otros, nos compromete a amar y servir con la misma humildad y entrega que Jesús ha brindado a todas las generaciones. Que nosotros, a través de nuestra vida personal, nuestro trabajo parroquial y nuestros ministerios de justicia social, nuestras caridades católicas y otras iniciativas que celebran la vida y promueven la dignidad de todos, cumplamos nuestra obligación eucarística saliendo del altar para hacer lo que Jesús manda a quienes se sientan con él a la mesa.

“Debemos permitir que la recepción de la Sagrada Comunión nos transforme en un pueblo de alegría enviado en misión para compartir el amor de Dios donde más se necesite”.

Preguntas de reflexión

7. ¿De qué manera la Eucaristía me devuelve la plenitud como persona? ¿Cómo amplía esto mi comprensión de mi conexión con toda la familia humana y con toda la creación de Dios?
8. ¿Cómo me motiva mi recepción de la Eucaristía en la Misa a difundir el amor a los demás de una manera que suponga un reto? ¿Existe algún ministerio parroquial, organización benéfica católica o iniciativa comunitaria que pueda ayudarme a hacer esto?

¹¹ *Evangelii Gaudium*, 14.

Cierre

56. Con la mente y el corazón centrados en Cristo, cuyo don de la comunión nos define y nos guía, ruego que podamos prepararnos bien para nuestro sínodo arquidiocesano el próximo año. Que nuestra comprensión de la Eucaristía —el sacramento de unidad— nos ayude a asumir más plenamente el mandato misionero de Cristo en nuestra Iglesia local. Que, por el poder del Espíritu Santo, nuestra identidad eucarística determine nuestras prioridades, forme nuestros valores y guíe nuestras decisiones para

que en los años venideros podamos cumplir mejor el plan de Cristo de unir todas las cosas en él. Que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, interceda por nosotros y nos ayude a acercarnos más a su Hijo, para que una efusión aún mayor de la gracia sea compartida por nuestra arquidiócesis, parroquias, escuelas, hogares y corazones, y que más personas sean acogidas al don de la comunión con Dios y con el prójimo.

Esta carta pastoral fue publicada el 17 de septiembre de 2026, en la memoria de San Roberto Belarmino.

San Roberto Belarmino, santo patrono secundario de la Arquidiócesis de Cincinnati, subrayó la importancia de la unidad de los creyentes con Cristo, nuestra cabeza, e incluso llegó a incluir la unidad como una de las quince “notas” o características distintivas de la Iglesia. Que todos nosotros, como San Roberto Belarmino, tengamos la gracia de vernos como miembros del Cuerpo de Cristo, llamados a vivir en comunión sirviéndonos los unos a los otros.

San Roberto Belarmino, ¡ruega por nosotros!

En Cristo,



Monseñor Robert G. Casey
Arzobispo de Cincinnati

